

yaderas, y el cortejo de bebedores sale como un convoy fúnebre del salon, que queda desierto.

Mis amigos estaban contentos, se aumentaba su gusto con la presencia de mis primeras impresiones: ellos eran soldados aguerridos.

Eran más de las doce de la noche: en el centro de la ciudad no cesaba el movimiento; las calles apartadas dormían profundamente, como los lacayos en las escaleras que conducen á un salon de baile.



XVI

Un Shadow.—El baile.—Elegancia de las damas.—El Tivoli.—Funámbulos.—Evoluciones militares.—Cuadros animados.—La rendición de Lee á Grant.—El Dr. Navarro.—El Sr. Lic. Ignacio Mariscal.—Brodway.—Descripción de la ciudad.—Numeración de las calles.—Diferencia entre calles y avenidas.—Casas y grandes edificios.—Rótulos y avisos.—Iglesia de la Trinidad.—Correos.—Casas consistoriales.—Los niños y los pájaros.—Caracteres de Brodway.—Perfiles del yankee.—Limpiabotas.—Vendedores de periódicos.

V A vd. á ver un *Shadow*, me dijo uno de los amigos; todavía no es hora de los eclipses, y diciendo y haciendo: atravesó un wagon, lo detuvimos, y á los quince minutos estábamos á media legua de distancia (calle 31).

Era un salon ovalado ceñido por un corredor estrecho en su medio, en que estaban colocadas sillas con damas y galanes. Bajo el corredor, y siguiendo su forma, había también una hilera de sillas.

El tapiz del salon es de madera barnizada de amarillo jaldre, pero tan bruñida, que mas bien se patina que se baila.

En el corredor estaba la orquesta: á su pié, en grande tarja, decia: "Lánceros:" sonó un pito del todo igual á los pitos con que se anuncia en las esquinas la partida de un tren, y de todas partes acudieron parejas ya convenidas, que instalaron su baile, anunciando los cambios de figuras una especie de jefe de maniobra, con gritos desaforados, pero con la exactitud y formalidad con que se pueden dar las voces de mando en un escuadron de caballería.

La mujer se entregaba al baile con gorrillo y capota, con su portamonedas ó su ramo de flores en la mano, y si hubiera sido la hora, creo que con su canasto con verdura debajo del brazo. Pero el trage es esmeradamente elegante, los guantes irreprochables, fino el pañuelo; el abanico que cuelga á su cintura, pendiente de una cadenilla, casi lujoso; solo al levantar airosa de un lado la falda de su túnico, y no siempre, se suele ver la pata ilícita del grumete, del soldado omiso, del barrendero de calles: aquella pata es toda una inconsecuencia, una salida, no de pié de banco, sino de pié de yankee.

Las parejas no conversan durante el baile, ni en los intervalos: se entregan á su tarea preocupados de su negocio.

El hombre, pelon, de cuello tirante, de hundidos hombros y saliente pecho, guarda compostura, y está en general vestido de negro, salvo una que otra excepcion, que no es repugnante para ellos. Ese es el escéntrico, un original de chaleco y corbata blancos y descomunal zapato bajo, con plie-

gues en la pala, enormes moños de liston y hebillas de acero.

En el corredor hay cuchicheos y risotadas, viajes al salon en que está la cantina, confianzas, pero no altercados; y cuando el baile termina, se extiende el ruido, y la sed se despierta con furia, apagándose con limonadas, *coptails*, cerveza y Champaña.

Cuando el wals deja oír sus acentos vertiginosos, entónces la excitacion es estupenda: en el tablon bruñido, las parejas se arrastran como hojas secas que arrebatara el torbellino, y hay caidas tremendas, entrando en la diversion el descoyuntamiento de uno de aquellos atletas de la danza.

Entre doce y una de la noche se anuncian las sombras (*Shadow*).

Apáganse las luces de gas aunque no totalmente: frente dos potentes reverberos colocados en lo alto del corredor, se ponen vidrios verdes, azules, colorados, amarillos y de color de violeta, y así se hace la *sombra* en el salon.

Pero la sombra no es, como se cree, una cerrada de párpados de la policía; podrá autorizar alguna licencia, le pondrá una máscara á la etiqueta; pero no es el dominó que cubra la decencia. Sin embargo, la extrañeza irrita el contento y se espera con ansia la hora de las sombras.

Los extranjeros pasan entre los concurrentes al *Shadow* inapercibidos, contraen relaciones fáciles sin más que algun empellon al paso, que se disculpa con un *excúseme* (dis-pense vd.), que es paliativo de un pisoton que hace ver las estrellas y lo seria de la sacada de un ojo. Pasa el extranjero, busca á sus paisanos, bebe y bromea pugnando por aprovechar el caudal de voces que les tiene suministrado

el Diccionario, alguna Guía de la conversacion ó el Ollendorf.

A otro teatro *bar-room* he asistido, que me pareció más aristocrático, y sobre todo sin sombras: El Tívoli.

El Tívoli es un salon con simétricas y apartadas bancas de madera. Entre sus filas están colocadas de trecho en trecho pequeñas mesitas, consistentes en un pié derecho de fierro y un círculo de palo de nogal.

Descansan en las mesitas copas y vasos con cerveza, *cop-tails*, ponches y limonadas.

A la espalda del espectador hay una especie de galería que cobija gente *más comunicativa*, pero que no caracteriza la concurrencia.

Habia aquella noche prodigios de sonambulismo, saltos desesperados de acróbatas y no sé cuántas cosas más.

Cantó y representó una niña que más bien inspiraba compasion.

Llegué cuando hacia hervir desenfrenada la alegría una escena de negros, que son favoritas de este público.

Es la tal escena una tempestad de gritazos, de patadas, de caidas, de rodadas, puñetazos, bofetadas, empujones y gritos, que tiemblan las carnes.

El negro llega atarantado, la mujer riñe, los dos se golpean. El público se muestra en el éxtasis del contento.

Hay teatros de mala muerte, por supuesto destinados á estas diversiones, de que ya dimos idea hablando de California.

Formaron parte de la diversion lo que se llama evoluciones del 7º regimiento.

Estos son actores iguales, bien conformados, en mangas

de camisa y con calzones *ad hoc* de tela de plata, que hace visos deslumbradores.

Van marcando el paso los soldados con el zapateo característico de la punta del pié y el talon, llevando los sones y redoblando con agilidad extrema.

Las evoluciones son de exactitud perfecta: despues de los ejercicios militares, y siempre al són de la música, siguen los cuadros; ya es la guardia contra la caballería, ya el soldado herido, ya alusiones á hechos heroicos de la última guerra, es decir, de la guerra que cuenta aún recientes víctimas, que derramó sangre que humea, por decirlo así, al rededor de los circunstantes.

En el penúltimo cuadro, en primer término, aparece Lee entregando su espada á Grant; el primero flaco, majestuoso, vestido de gris, con su luenga barba cana y sus cabellos blancos; el segundo, chaparro, regordete, de barba negra y espesa, de vulgar fisonomía, con su inmenso puro en la boca, arrojando nubes de humo.

El pueblo aplaude con frenesí, y no se ofende por los testimonios de simpatía y los hurras! á Lee.

En el último cuadro, en medio de las armas y banderas, vencedor y vencido aparecen dándose la mano, coronando sus cabezas la aureola de la paz.

El entusiasmo no tiene límites; se golpean las bancas y se silba, que es el modo especial de aplaudir de la gente de trueno; suenan desaforados los clarines, el tambor parece hundir el techo, y al ondear el pabellon de las estrellas, se siente caliente el aire con el orgullo que se apodera de los hijos de Washington.

Mientras se verifican las escenas descritas, ni un instante

dejan de circular los criados de las cantinas con sus uniformes encarnados y sus placas al pecho, distribuyendo licores y refrescos: atraviesan también las filas niñas vendedoras de bizcochos y dulces en sendas canastas, y vendedores de flores de exquisito gusto, que matizan sus ramos con rara habilidad.

Uno de mis primeros cuidados al llegar á Nueva-York, fué visitar al Dr. Navarro, amigo de mis primeros años, y bajo todos conceptos persona distinguida.

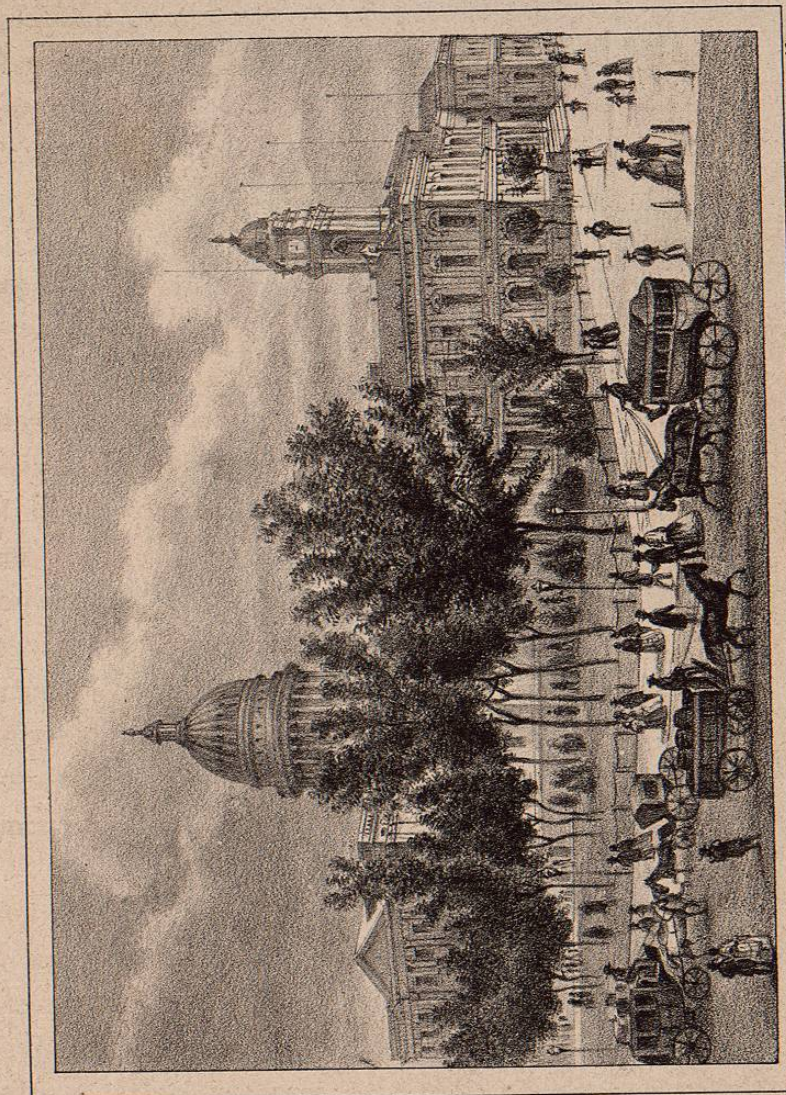
Es Navarro de tipo indígena, macizo y ancho; su frente larga y angosta deja percibir una cabeza realmente achiflonada y obtusa, largos y lacios cabellos blancos se fugan de su frente como para parapetarse en su cerebro: los ojos son grandes y revelan su alta inteligencia; su nariz afilada, su boca de par en par, ancha y bien poblada de blancos dientes.

Navarro en la ciencia es considerado como un ornamento; en su juventud, coronó la admiración sus lindos versos y su sano criterio como literato; y un fondo de audaz filosofía y de honradez sin mancha, hacen de Navarro un hombre querido y respetable.

En su trato familiar es llano y chancero; como patriota cumplió con su deber ejerciendo su profesión en los campos de batalla, y á todas sus prendas da realce una firmeza grande de principios y una modestia que rayaría en desprecio de sí mismo, si no se tuviera la persuasión de su valía.

Con Juan Navarro me informé detenidamente, cuando le ví, de la salud y del punto en que habitaba mi querido amigo Ignacio Mariscal, nuestro ministro en los Estados-Unidos.

VIAJE DE FIDEL.



LIT. HIRIARTE, MEXICO.

Casa del Ayuntamiento.

Navarro me dijo que Mariscal estaba bueno, y que había salido de la ciudad á pasar en el campo la mala estacion.

Aunque la posicion oficial de mi amigo y mi situacion peculiar, hubieran podido ser para mí un retraente, al Sr. Mariscal lo he visto como persona de mi familia, y siempre me he honrado con su amistad.

Amigo muy íntimo de su excelente padre, tuve conocimiento con el jóven cuando salia del colegio y se recibia de abogado.

Su vasta instruccion y sus claros talentos, me hicieron solicitarlo para emplearlo en el Ministerio de Hacienda, donde confirmó la idea que tenia de su aptitud, y me lo hizo doblemente recomendable su probidad.

En el Congreso Constituyente se distinguió por la firmeza de sus principios, por su palabra fácil y elocuente, y por el tino con que tomaba parte en los debates.

Buen ciudadano, excelente amigo y ejemplar hijo, es fuerza querer á este Nacho, importándome una higa su posicion oficial. Por otra parte, en México otra posicion oficial le sirvió para colmarme de atenciones y dispensarme favores á mí y á mi familia, por lo que le profeso sincera gratitud,

Mariscal es de mediana estatura, fisonomía franca y alegre, ojos negros, con algo de inquietud en sus movimientos, y mímica expresiva en su conversacion.

Habla el inglés con propiedad y elocuencia, así calificado por los americanos entendidos.

Conoce Mariscal, como muy pocos, las costumbres americanas, y en cuanto á la cuestion política, puede jactarse de haber atendido con sagacidad y zelo los intereses de

México, siendo sus notas modelos de dignidad y de sabiduría.

Por último, Mariscal es universalmente querido y estimado de la gente encopetada de la *Casa Blanca*.

Yo quería que Nacho me instruyese sobre varios puntos, esencialmente sobre los literarios, porque Mariscal conoce bien la literatura americana, y además de hacer él por su cuenta y riesgo lindos versos, traduce, como ya verán mis lectores, con admirable propiedad. Aquella su mansion campestre me puso de mal humor.

Pero para llegar á Navarro era forzoso andar media ciudad, es decir, una gran parte de la calle de Brodway, ó como diría uno más pedante que yo, el gran simpático del gigante.

Yo, que como vdes. saben, extravió rumbo en mi misma cama, no me consideré capaz de atravesar el inmenso mar cuyo ruido estaba y estoy escuchando desde mi cuarto, como oía yo desde el Hotel Spencer la voz de la catarata del Niágara.

Pedí amparo á un tierno y generoso amigo, entendido en estas excursiones, á quien llamaré Francisco, para complacerme con el recuerdo del nombre de uno de mis hijos.

Francisco tiene una inteligencia como luz, y una paciencia para conmigo como alma de Job.

La puerta del Hotel Saint Julien está á pocos pasos de la calle de Brodway: llegamos á su esquina, y me quedé realmente estupefacto y aturdido de tanta grandeza y tanto y tan increíble movimiento.

—Despierta, *Fidel*, no te aleles, que te veo como dormi-

do; oriéntate desde ahora, porque te vas á perder aun yendo de mi brazo.

Figúrate la ciudad, permitiendo que te hable con la mayor vulgaridad, como una inmensa lengua en la que estuviere trazado imperfectamente un tablero; las casillas de ese tablero corren de Norte á Sur y de Oriente á Poniente. Ahora, figúrate tendida en diagonal imperfecta de N. O. á S. E., una línea que culebrea y corta irregular las casillas en toda la extension de la lengua: esa línea es la calle de Brodway.

Figúrate ahora atravesada la lengua por otra línea central; esa es lo que se llama *Quinta avenida*.

De este centro parte la numeracion, desde el uno al Este, y desde el uno tambien al Oeste, de suerte que hay dos unos, dos doses, etc., pero correspondiendo cada uno á su viento, con total independencia; así, pues, la distincion de Este y Oeste es indispensable para no encontrarse sin saber realmente cuál es tu mano derecha.

Tambien ha sido necesario distinguir la diferencia entre avenida y calle. Avenida es la calle que corta la ciudad en toda su longitud de Norte á Sur, y calle la que atraviesa á lo ancho la ciudad de Oriente á Poniente.

De la antigua ciudad holandesa, llamada Wite-hall, te hablaré despues.

Por lo que te acabo de decir comprenderás, ante todo, la inmensa importancia de Brodway.

Brodway, abriendo sus fauces en el mar y corriendo fuera de la ciudad, forma el intestino inmenso del coloso, distribuye, en su *zig-zag* opulento, la vida á todas las extremidades del gran cuerpo, recibe los jugos nutritivos de la